

HUNTINGTON, EL PROFETA FALLIDO

Raúl Moreno Wonchee

La tercera ola marca el fin de una etapa de Huntington. En efecto, desde su primer libro publicado en 1957: *El soldado y el Estado*, resultado de su tesis doctoral en Harvard, su trabajo se orientó principalmente a analizar procesos políticos recientes y aún en curso. Como asesor del presidente Lyndon B. Johnson buscó justificar los



bombardeos norteamericanos a las áreas rurales de Vietnam del Sur, con la expectativa estratégica de obligar a los campesinos a refugiarse en las ciudades para así sustraerle la principal base de apoyo social al Frente de Liberación Nacional, llamado Vietcong por los invasores. Su fracaso no frenó, sin embargo, su carrera en los *think tanks* de la Casa Blanca, el Departamento de Estado y el Pentágono. Su revista *Foreign policy*, cuyo primer número se publicó en el invierno de 1970-1971, reforzó sus posiciones dentro del aparato ideológico de la cúpula del poder imperialista. Pero fue la desintegración de la Unión Soviética que conllevó el final de la guerra fría, lo que Huntington aprovechó para pergeñar su versión de las olas democráticas con la que buscó justificar la política exterior de EUA y proyectó su personalidad como ideólogo de la dominación imperialista.

En su opinión, la primera ola de la democracia representativa se inició en Estados Unidos el año de 1828 con la elección de Andrew Jackson como Presidente.¹ Desde entonces, la democracia representativa avanzó de manera paulatina en Occidente hasta 1929 cuando el ascenso al poder de Benito Mussolini puso fin a esa primera ola. La segunda ola arrancó con el fin de la Segunda Guerra Mundial con la instauración de regímenes democráticos bajo la ocupación militar estadounidense en Alemania, Japón e Italia, y la descolonización. Golpes de Estado en América Latina² y regímenes autoritarios en excolonias pusieron fin, hacia 1960, a la segunda ola democrática huntingtoniana. La tercera ola arranca, según Huntington, en 1973, con la “Revolución de los claveles” en Portugal, continúa con la caída de la dictadura militar en Grecia y la transición a la democracia en España tras la muerte del dictador Francisco Franco. La ola se extiende a América Latina y el Caribe donde se inician transiciones políticas en países que habían vivido bajo dictaduras militares: Brasil, Chile, Argentina, Uruguay, en los que el desarrollo democrático pregolpista había alcanzado altos niveles, lo que permitió la apertura de procesos democráticos más definidos que han llevado a esos países a alcanzar importantes logros democrático-nacionales. En un sentido distinto, otros procesos democratizadores tuvieron trayectorias tortuosas: en la República Dominicana a partir de 1978,³ de 1979 en Ecuador, de 1980 en Perú y Bolivia. La ola cruzó el Atlántico y llegó a Europa del Este donde los vientos injerencistas norteamericanos, británicos,

¹ Hasta 1824 la elección presidencial en EUA se realizaba mediante electores que eran elegidos por las legislaturas estatales. En ese año se introdujo una nueva modalidad: serían los ciudadanos los que elegirían a los electores. Además de Jackson, en esa elección participaron JQ Adams, W Crafford y H Clay. Jackson obtuvo la mayoría de votos (41%) contra 31% de Adams. Mediante una maniobra en el Colegio electoral Adams obtuvo más votos electorales y la Presidencia. Jackson denunció la maniobra y se dijo robado e inició una intensa e incansable actividad política. Fundó el Partido Demócrata con el que ganaría la elección de 1828 para, significativamente, ejercer durante los siguientes ocho años —se reeligió en 1832— un gobierno populista.

² El simplismo del esquema de Huntington se pone en evidencia en América Latina. Con la política del buen vecino, FD Roosevelt abandonó la política de las cañoneras, contuvo a las dictaduras latinoamericanas y respetó los avances de la democracia nacionalista latinoamericana. Sin embargo, a la muerte de FDR volvió el golpismo patrocinado desde Washington que llevó al derrocamiento en 1948 de Rómulo Gallegos en Venezuela y José Luis Bustamante y Rivero en Perú, en 1952 de Carlos Prío Socarrás en Cuba, en 1954 de Jacobo Arbenz en Guatemala, en 1955 de Juan Domingo Perón en Argentina. En los años sesenta fueron depuestos por sendos golpes de Estado en 1964 Joao Goulart en Brasil y Víctor Paz Estenssoro en Bolivia y en 1966 Juan Bosch en la República Dominicana.

³ La primera transición tuvo lugar en la República Dominicana. En las elecciones presidenciales de 1978, Antonio Guzmán, candidato del Partido Revolucionario Dominicano derrotó a Joaquín Balaguer. Sin embargo, en las elecciones de 1986 volvió a ganar el viejo lugarteniente de Trujillo.

alemanes y vaticanos la convirtieron en un tsunami que arrasó al campo socialista, desintegró a la Unión Soviética y provocó una terrible conflagración en los Balcanes.

Fue precisamente la caída del Muro de Berlín y la disolución del Estado soviético lo que llevó a Francis Fukuyama a aventurar: “Puede que estemos asistiendo al final de la historia como tal: esto es, al punto final de la evolución ideológica del género humano y a la universalización de la democracia liberal occidental como forma de gobierno humano definitiva”. (...) Desde luego –decía–, se pueden dar algunos conflictos en lugares del Tercer Mundo, pero el conflicto a escala planetaria ha terminado, y no sólo en Europa. Es precisamente en el mundo no europeo donde han tenido lugar los grandes cambios, particularmente en China y la Unión Soviética. La guerra de ideas ha terminado. Puede que todavía existan adeptos del marxismo-leninismo “en lugares como Managua, Pyongyang y Cambridge, Massachusetts”, pero en conjunto la democracia liberal ha triunfado. El futuro no se consagrará a grandes y estimulantes luchas sobre ideas, sino más bien a resolver problemas económicos y técnicos triviales. Y con cierta tristeza concluía: “todo será bastante aburrido”.⁴

El supuesto optimismo interesado e ingenuo de Fukuyama dio la oportunidad a Huntington de pasar de justificar la política exterior de EUA, al ancho y dilatado campo de las profecías ideológicas. Además, el fracaso de la provocación de Tienanmen, la guerra del Golfo y las guerras de los Balcanes dejaban ver no sólo que la tercera ola había concluido, sino que el de por sí endeble esquema de Huntington dejaba la escena para ir a parar al cuarto de los trebejos ideológicos caducos.

Fue entonces que Huntington buscó una hipótesis alterna: la fuente fundamental de conflicto en este nuevo mundo que sale de la guerra fría no será en principio ideológica o económica. Las grandes divisiones entre la humanidad y la fuente de conflicto dominante serán culturales. Los estados nación seguirán siendo los actores más poderosos para los asuntos exteriores, pero los principales conflictos de política global ocurrirán entre naciones y grupos pertenecientes a diferentes civilizaciones. El choque de civilizaciones dominará la política global. Las líneas de falla entre las civilizaciones serán las líneas de batalla del futuro.⁵

Adicto a los esquemas simplificadores para permitirse manipular a su antojo la historia, Huntington procedió a hacer el inventario conceptual del tema. El primer resultado fue descubrir que el choque de civilizaciones no sólo será el protagonista de la historia en el siglo XXI, sino

⁴ Francis Fukuyama, *The End of History*, The National Interest no. 16 (verano de 1989), pp. 4, 18.

⁵ Samuel Huntington, *El choque de civilizaciones y la reconfiguración del orden mundial*, Ed. Paidós, Buenos Aires- Barcelona- México, 1997.

Más que un mundo con civilizaciones en choque, lo que cosecharon los vencedores de la guerra fría fue un mundo sin Ley, caótico y violento

que ya lo ha sido en diversos momentos del pasado. Desde luego que no se trata de subestimar el papel que han tenido y tendrán en la historia los choques civilizatorios. Menos que nadie podríamos hacerlo quienes provenimos de naciones que se originaron en la fusión intempestiva y violenta de culturas diametralmente distintas, como ocurrió en la conquista española de una buena parte de lo que luego sería América Latina. De lo que se trata, en cambio, es de valorar el papel de esos choques, por supuesto en el pasado y no se diga en el presente, para discernir el papel que irán desempeñando en el curso del futuro y la posibilidad de que la acción humana, la acción política, nos permita conjugarlos con los otros factores que intervienen en la determinación de ese curso para encontrar vías de solución pacífica a los problemas de la globalización, cuyas consecuencias trascienden las relaciones internacionales para expresarse con fuerza decisiva en los espacios interiores de las sociedades.

La hipótesis de Huntington contiene una fatalidad conflictiva irreductible que impide la consolidación y el desarrollo de la legalidad internacional y busca justificar, cuando no legitimar, la carrera armamentista y el intervencionismo así como el reforzamiento o la integración de alianzas militares agresivas.⁶ Desde la historia, subestima cuando no olvida que aún si los conflictos y disputas entre las civilizaciones han determinado en ocasiones el curso de procesos históricos muy importantes, en muchos casos, quizá los de mayor trascendencia, se han dado en el interior de las civilizaciones, como las grandes guerras del siglo XIX. En el siglo XX, la Primera Guerra Mundial tuvo entre sus principales componentes la repartición del mundo colonial entre las potencias. Y la Segunda Guerra Mundial, que comenzó como una disputa por la hegemonía en Europa entre Francia y Gran Bretaña contra Alemania, se convirtió en una guerra contra el nazifascismo cuando la Unión Soviética y Estados Unidos entraron en el conflicto, confiriéndole un componente ideológico democrático y antitotalitario que fue decisivo para cambiar su sentido. Huntington subestima el gran proyecto de Yalta convenido para lograr una paz democrática acudiendo al fácil expediente de que una vez firmada la paz sobrevino la guerra fría, como si el conflicto entre EUA y la URSS formara parte ineluctable del destino de la humanidad y pasa por alto analizar la génesis de la guerra fría.

⁶ Para Huntington, por ejemplo, la OTAN es la principal institución occidental y debe expandirse para incluir a los países “occidentales” del este. Huntington, op cit. p. 304.



Cuando se perfilaba el fin de la guerra, todo hacía suponer que el equilibrio entre los vencedores y la cuidadosa planeación de la paz realizada por Franklin D. Roosevelt, Iosif Stalin y Winston Churchill, principalmente los dos primeros, conduciría a una Europa democrática y neutral, a un paulatino desmantelamiento del colonialismo en Asia y África, a que en América Latina se abriera una vía propia de desarrollo nacional independiente y a que la comunidad internacional dispusiera de un instrumento eficaz para la solución pacífica de las controversias y promover la cooperación para el desarrollo.⁷

Pero a la muerte de Roosevelt, en la cúpula del poder estadounidense se impuso otra visión, la de los que habían hecho de la guerra el mayor de los negocios por lo que buscarían a toda costa cerrarle el paso a la paz y continuar por el camino de la guerra. Así, cuando cayó Berlín y los pueblos del mundo se congratulaban del ancho panorama de fraternidad que se abría en el mundo, en el frente del Pacífico se empezó a cocinar la gran ignominia. En agosto del 45 Japón estaba vencido: los norteamericanos habían destruido su flota y lo habían desalojado de las estratégicas islas del Pacífico meridional y del sur. La armada yanqui había aproximado sus portaviones a sus costas y había emprendido una devastadora ofensiva aérea contra sus principales ciudades, puertos, centros fabriles e instalaciones militares. Los ejércitos nipones estaban siendo derrotados en China y en las penínsulas de Corea e

Indochina. La Unión Soviética había invadido Manchuria. La capitulación era inminente.

Pero el 6 de agosto se produjo el primer bombardeo atómico de la historia en Hiroshima y tres días después, el 9, el segundo en Nagasaki. Nada justificaba la barbarie desatada contra esas ciudades indefensas pues para mayor mérito de sus atacantes ambas habían sido declaradas ciudades abiertas. Según algunas versiones de la historia, la muerte y la desolación dejadas por esos bombardeos marcaron el fin de la Segunda Guerra Mundial. Pero la guerra ya había terminado y lo que realmente ocurrió en aquellas terribles jornadas de agosto fue el comienzo de la Tercera Guerra Mundial. Las bombas que destruyeron Hiroshima y Nagasaki no sólo tenían como objetivo la población de esas ciudades, sino los pueblos del mundo que a partir de entonces serían rehenes de la amenaza nuclear. En Hiroshima el Pentágono, el brazo armado del imperialismo norteamericano, junto con 300 mil vidas cegó de golpe la naciente paz forjada con inmensos sacrificios de todos los pueblos del mundo. El complejo militar industrial, que había cobrado una gran fuerza en el curso de la guerra, lograba así imponer condiciones favorables para proseguir su avance. Contra su predominio, al dejar la Presidencia de Estados Unidos en 1961, el general Dwight D. Eisenhower haría una insólita y significativa advertencia.

El 10 de agosto de 1945 el poder imperialista norteamericano se alzaba con el monopolio atómico e instauraba el terror nuclear. La perspectiva de la paz democrática se desmoronó, Europa se dividió y se inició la carrera armamentista. Cuando

⁷ "Address to the Congress Reporting on the Yalta Conference", 1 de marzo de 1945, en Samuel I. Rosenman (comp.), Public Papers and Addresses of Franklin D. Roosevelt, Nueva York, Russell and Russell, 1969, XIII, 586.

la Unión Soviética rompió el monopolio nuclear se acentuó la guerra fría y el imperialismo emprendió la escalada: la guerra de Corea, el sometimiento de América Latina, las guerras en Medio Oriente, las guerras neocoloniales en Indochina y Argelia, la amenaza nuclear contra Cuba, la invasión a la República Dominicana, la guerra de Vietnam.

Después de Vietnam, el complejo industrial-militar y su política belicista se vio obligado a replegarse. En la segunda mitad de la década de los setenta parecían soplar nuevos vientos: la Unión Soviética hacía avanzar la distensión en Europa, en Nicaragua e Irán triunfaban sendas revoluciones populares, en Irak y Siria se perfilaba una conjunción estatal que apuntaba a cambiar la correlación de fuerzas en Medio Oriente, en el cuerno de África y en las ex colonias portuguesas avanzaban procesos de liberación nacional, en Afganistán tenía lugar una revolución antifeudal, y con la presidencia de Cuba el Movimiento de los No Alineados alcanzaba un relevante protagonismo.

Pero con Reagan el militarismo industrial volvió a la carga, esta vez con una estrategia implacable que consistió en retensionar Europa, dar un impulso sin precedentes a la carrera armamentista⁸ y abrir frentes de guerra ahí donde los pueblos habían obtenido o estaban en vías de alcanzar victorias significativas: Nicaragua, Etiopía, Angola, Afganistán. Los conflictos armados que para los guerrilleros eran grandes negocios cuyo financiamiento corría a cargo de los Estados de desarrollo medio a través de los circuitos financieros internacionales, para los pueblos en lucha representaban enormes sacrificios y para la Unión Soviética una enorme carga que obstaculizaba su desarrollo. La disolución de la Unión Soviética, cuya gravedad no ha sido valorada debidamente, debe cargarse en gran medida a la cuenta del belicismo desenfrenado prevaeciente entonces en EUA y que contó con la complicidad de Gran Bretaña, la República Federal de Alemania y el Vaticano.

El final de la guerra fría produjo, según Huntington, “un espejismo de armonía que pronto se disipó con la multiplicación de los conflictos étnicos y ‘la limpieza étnica’, el quebrantamiento de la ley y el orden, la aparición de nuevos modelos de alianza y conflicto entre Estados, el resurgimiento de movimientos neocomunistas y neofascistas, la intensificación del fundamentalismo religioso, el final de la ‘diplomacia de sonrisas’ y la ‘política de concesiones’ en las relaciones de Rusia con Occidente, la incapacidad de las Naciones Unidas y Estados Unidos para acabar con sangrientos conflictos locales, y ascenso de China... Resulta claro que el paradigma de un solo mundo armonioso está demasiado

⁸ El propósito del presidente Ronald Reagan de llevar adelante una *star war* mediante la puesta en órbita de armas nucleares y los correspondientes escudos orbitales, era una espeluznante amenaza que conllevaba no solo gravísimos riesgos para la paz y la seguridad internacional, sino un aumento estratosférico del gasto militar de ambas superpotencias.

alejado de la realidad para ser una guía útil en el mundo de la posguerra fría”.⁹

En esta descripción del escenario internacional, Huntington deslizó apenas, sin duda intencionadamente, una leve mención al “quebrantamiento de la ley y el orden” cuando el colapso deliberadamente inducido de estructuras estatales que habían regulado conflictos profundos en países de gran densidad histórica y enorme complejidad cultural desató contradicciones que llevaron a guerras étnicas, religiosas y aún sectarias que hicieron añicos importantes logros civilizatorios, como ocurrió en Yugoslavia y en Irak. Y el abatimiento también deliberado de la legalidad internacional tuvo gravísimas consecuencias que le permitieron a EUA instaurar un unilateralismo pragmático que no sólo tuvo enormes costos y graves consecuencias para la vida internacional, sino que pronto se demostró impotente para, como lo admite Huntington, “acabar con sangrientos conflictos locales”, muchos de ellos atizados y aún provocados por EUA. Y no se diga, incapaz de regular las relaciones internacionales. Más que un mundo con civilizaciones en choque, lo que cosecharon los vencedores de la guerra fría fue un mundo sin Ley, caótico y violento.



El propio Huntington no pudo escapar a la desazón imperante en el mundo de aquellos días y llega a admitir la decadencia de la civilización occidental frente al ascenso de otras civilizaciones. Para hacer frente a su decadencia, Occidente debe, en opinión del profesor de Harvard: “1) mantener su superioridad militar mediante normativas de no proliferación y de contraproliferación con respecto a armas nucleares, biológicas y químicas y los vectores para lanzarlas; 2) promover los valores políticos y las instituciones occidentales presionando a otras sociedades

⁹ Samuel Huntington, “El choque de civilizaciones y la reconfiguración del orden mundial”, Ed. Paidós, Buenos Aires- Barcelona- México, 1997.

para que respeten los derechos humanos tal y como se conciben en Occidente y para que adopten la democracia según los criterios occidentales; y 3) proteger la integridad cultural, social y étnica de las sociedades occidentales restringiendo el número de no occidentales admitidos como inmigrantes o refugiados”.¹⁰ Es decir: militarismo, intervencionismo, exclusión cultural, racismo y un desprecio total a la legalidad internacional y a los derechos de los pueblos y naciones no occidentales. ¡Ah! y el desconocimiento tácito de cualquier posibilidad de encontrar intereses comunes a toda la humanidad.

Luego del breve receso que representó la presidencia de Clinton, con George W. Bush el belicismo volvió al centro de la escena. Las guerras de Afganistán e Irak fueron jugosos negocios. Pero la guerra no sólo es improductiva sino también destructiva y genera graves deformaciones en la economía y en la vida social. La crisis económica mundial de la primera década del nuevo siglo, cuya perspectiva no termina de delinearse aún, junto con la quiebra de la política exterior norteamericana, mostraron objetivamente que el militarismo imperialista tiene límites estructurales. Pero también políticos: Barack Obama se abrió paso hasta la Presidencia de Estados Unidos para ofrecer una opción distinta. Su triunfo electoral mostró con elocuencia el hartazgo por el guerrerismo y la ilegalidad del neoconservadurismo republicano. El solo hecho de ser un Presidente negro propinó un durísimo golpe al rabioso antimulticulturalismo de Huntington, una de las claves de su conservadurismo ultra.

Sin embargo en Obama se han combinado la carencia de opciones de política económica y de alternativas políticas con una correlación de fuerzas fluctuante. En su primer período de gobierno, Obama tuvo que transigir con sectores pentagonistas concediéndoles posiciones y mediatizando cuando no torciendo sus planes de paz en Asia y Medio Oriente; el gasto militar siguió creciendo no obstante los graves apremios económicos resultantes de la crisis. No logró perfilar un trato respetuoso hacia América Latina y el Caribe. La derrota en las elecciones de medio período, en las que los republicanos alcanzaron la mayoría en la Cámara de Representantes, obligó al presidente Obama a posponer sus planes reformistas para alcanzar la reelección.

Ahora, hacia el final de su mandato, Obama decidió emprender una ofensiva para saldar al menos una parte de la cuenta que tiene pendiente con su electorado. En el plano internacional destaca, por supuesto, el establecimiento de relaciones diplomáticas con Cuba, seguido del pacto nuclear con Irán, aunque deja vigentes el bloqueo a la Isla y el injerencismo en América Latina, Ucrania y Siria. En lo

¹⁰ Huntington, *op cit*, p. 178

¹¹ Huntington, *op. cit.* p. 196

¹² *Ibid.* p. 199.

¹³ Huntington, “El reto hispano”, *Foreign Policy*, marzo de 2004

interno, es un logro importante el reforzamiento del sistema público de asistencia médica, pero queda pendiente la reforma migratoria que será, sin duda, un punto central de la campaña electoral por la Presidencia.

En efecto, el fantasma de Huntington recorrerá los debates, las convenciones y las urnas. De hecho ya lo echó a andar el señor Donald Trump, candidato republicano, a la caza de una oportunidad o para medrar con un tema al que es sensible un sector del electorado manipulable e influyente. Trump ha traído desde ultratumba a Samuel Huntington y su proverbial prejuicio contra los inmigrantes, sobre todo si se trata de mexicanos irredentos, es decir, que no quieren o no pueden aprender inglés, que son flojos, corruptos, mugrosos y además de católicos, guadalupanos. Ideólogo de fuste, Huntington ha teorizado: “¿Pueden Europa o los Estados Unidos detener la marea de inmigración? (...) La cuestión no es si Europa será islamizada o los Estados Unidos hispanizados, sino si Europa y Estados Unidos se convertirán en sociedades escindidas que contengan dos colectividades distintas y en gran medida separadas, procedentes de dos civilizaciones diferentes, lo cual a su vez depende del número de inmigrantes y de la medida en que sean asimilados en las culturas occidentales predominantes en Europa y América”.¹¹

Para Huntington, la inmigración mexicana difiere de otras, ya que mientras los inmigrantes asiáticos o europeos cruzan un océano, los mexicanos sólo cruzan una línea o cuando mucho un río; los mexicanos forman una sociedad continua que se extiende de Nevada a Yucatán y puebla territorios norteamericanos que pertenecieron a México; los mexicanos se resisten más a la asimilación que otros grupos de inmigrantes, y podría ocurrir que los resultados de la expansión militar estadounidense del siglo XIX se vieran amenazados por la expansión demográfica mexicana del siglo XX (y XXI).¹² En suma, escribe Huntington: “La continuación de esta migración (sin asimilación) podría dividir a Estados Unidos en un país con dos idiomas y dos culturas... Sería el fin de Estados Unidos como lo hemos conocido por más de tres siglos.”¹³ Por lo tanto, Donald Trump tiene como base de su campaña una estridente alharaca antimexicana acusando a los inmigrantes mexicanos de llevar droga, crimen, violencia y corrupción a Estados Unidos y comprometiéndose a construir en la frontera una barrera infranqueable cuyo costo, desde luego, lo pague México. En fin, no otra cosa que la versión más vulgar de la ideología huntingtoniana: proteger la integridad cultural, social y étnica de Estados Unidos del Norte. ■

Raúl Moreno Wonchee. Académico y periodista mexicano. Médico cirujano por la Facultad de Medicina de la UNAM. Fundó y dirigió la revista *La Unidad*. Fue director de *El Gallo Ilustrado*, suplemento cultural del periódico *El Día*. Es actualmente investigador en el Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe de la Universidad Nacional Autónoma de México. Entre sus publicaciones, cabe destacar el libro *Sobre la marcha. Crónica de tiempos difíciles*, publicado en 2008.